
La propuesta educativa del Instituto de Ciencias: 1956-1970

Mauricio Castillo Hernández
Instituto de Ciencias

En este trabajo exponemos la propuesta educativa que se implementó en el Instituto de Ciencias, durante la etapa de su refundación en Guadalajara. El estudio abarca desde 1956 hasta principios de los años setenta. Aquí se aborda la conformación de la planta docente, la población escolar y la opción formativa del acompañamiento. Este escrito se elabora con información proveniente de dos entrevistas realizadas a profesores que formaron parte del Instituto en ese tiempo y de los anuarios escolares de esta escuela.

Antecedentes históricos del Instituto de Ciencias

El Instituto de Ciencias fue fundado en el año de 1906, cuyo nombre oficial era el de Instituto San José. Este establecimiento se ubicaba a un costado del templo de San Felipe, en el centro de la ciudad de Guadalajara. En esos primeros años, la formación de los alumnos estaba fuertemente imbricada con la formación religiosa y espiritual de la tradición de la Compañía de Jesús.

Este hecho se vincularía con la fundación de la Congregación Mariana, organismo que se caracterizaría por reunir a los estudiantes que, de manera voluntaria, deseaban trabajar en una vida de fe y religiosidad, teniendo una particular devoción a la virgen María. Esta devoción la van a manifestar en la planeación y

ejecución de actividades semanales en honor a ella, en reuniones para hacer oración y tomar pláticas espirituales.

La agrupación también se caracterizó por tener una vocación comunitaria al llevar a cabo, fuera de la escuela, actividades que ayudaran a instituciones o grupos desfavorecidos, como hacer visita y servicio a enfermos, asilos, limpieza de espacios comunes, niños en orfanatos, etc. Sus miembros darán una identidad característica al Instituto y serán un elemento esencial en la propuesta formativa que se configura en sus primeros años de vida.

Esta etapa del Instituto San José solo llegaría hasta el ciclo escolar 1913-1914, lapso en que el número de alumnos llegaba casi a cuatrocientos.¹ En ese entonces, el personal jesuita se integraba por 27 elementos, de los cuales trece eran sacerdotes, siete escolares y siete hermanos coadjutores.

El 21 de abril de 1914 tuvo lugar la invasión de Veracruz por parte de los marines norteamericanos. Este hecho incide en el cierre del Instituto San José, debido a que varios alumnos inscritos en la preparatoria se inscribieron en los batallones de voluntarios que empezaron a formarse para luchar contra el ejército invasor. Así, tanto por la zozobra que se vivió por este suceso como la ausencia de un número importante de estudiantes, esta institución cerró temporalmente sus puertas el 2 de mayo de ese año.

También la contienda armada afectó la vida cotidiana del Instituto de San José. El 8 de julio de 1914 arribaron a Guadalajara las fuerzas constitucionalistas. Este grupo revolucionario, encabezado por el general Manuel M. Diéguez, tomó posesión de sus instalaciones, las cuales fueron utilizadas para alojar a parte de su tropa. A la par de la confiscación de su edificio, esta facción procedió a desterrar a los padres extranjeros. A raíz de esta afrenta y de la inseguridad que había en la localidad por la lucha entre constitucionalistas y villistas, los sacerdotes jesuitas decidieron cerrar este Colegio, clausura que se alargó durante seis años.

1. Los datos históricos del Instituto de San José se obtuvieron de Esteban J. Palomera. *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara: 1586-1986*. México: Instituto de Ciencias-ITESO-Universidad Iberoamericana, 1997.

En el año de 1920, todavía en un ambiente con mucho revuelo social y político en el estado de Jalisco, la Compañía de Jesús acordó abrir nuevamente el colegio en Guadalajara, siendo el primer espacio de instrucción jesuita reabierto en México después de la Revolución. Este instituto tuvo que ajustarse a las normas de la Constitución de 1917, por lo que cambió su nombre original por el de Instituto de Ciencias de Jalisco. Su nueva sede se ubicó en un inmueble rentado conocido como la Casa de los Abanicos, que se localizaba en la calle de Libertad número 1337.

A semejanza del Instituto San José, la enseñanza preparatoria constaría de 5 años. En ese tiempo, los alumnos iniciaban sus labores oyendo misa todos los días en el templo de San Felipe a las 7:30 am y allí tomaban después el tranvía eléctrico que los dejaba a corta distancia del Colegio, donde empezaban las clases a las 8:30 am.²

Sin embargo, en el año escolar siguiente, debido al aumento de la matrícula, los padres jesuitas se vieron obligados a buscar un local más amplio para desarrollar las labores de instrucción con menos incomodidades. Así, a mediados de 1921 trasladaron sus actividades a una casa que se localizaba en la calle de Hidalgo número 1140, esquina con Nicolás Romero.

En los años siguientes la preocupación dominaría la vida del Instituto y de la mayoría de los establecimientos educativos. El hecho que propiciaría esa incertidumbre se vinculó con el arribo a la presidencia del país del general Plutarco Elías Calles. Su ejercicio de gobierno se caracterizó por la agudización de la confrontación entre el Estado mexicano y la jerarquía católica, controversia por la cual los colegios administrados por órdenes religiosas se verían gravemente afectados.

Así, desde principios de 1926, la relación entre el gobierno callista y la Iglesia católica se iría tornando más tensa hasta llegar a situaciones de enfrentamiento, como sucede a partir del mes de julio de ese año con la expedición del decreto conocido popularmente como Ley Calles. Esta ley, que limitaría el culto

2. El 3 de junio de 1921 se concedió al Instituto de Ciencias la validez legal de los estudios de preparatoria. El documento era un contrato o convenio entre el Instituto y el Gobierno; este escrito fue firmado por el gobernador Basilio Vadillo. Palomera, *op. cit.*

católico y penalizaría a los miembros de la Iglesia que incumplieran sus postulados, propició el inicio de formas de lucha con las que miembros de la jerarquía católica y de las organizaciones sociales afines, alentaron el enfrentamiento de la embestida gobiernista con acciones armadas. Así, desde agosto de 1926 hasta junio de 1929, Jalisco, al igual que varios estados circunvecinos, se vio envuelto en una guerra político-militar conocida como la Guerra Cristera.

En este escenario, el Instituto de Ciencias, en tanto que era un espacio administrado por miembros de la Compañía de Jesús, sufriría clausuras temporales y sus integrantes serían objeto de un hostigamiento constante, situación que se agudizaría entre agosto de 1926 y los primeros meses de 1929, lapso en que los padres jesuitas realizarían sus labores educativas y eucarísticas con grandes dificultades. En ese entonces, ante la agitación social y el temor de ser aprehendidos, los profesores entraban al Colegio a dar sus clases y al término de las mismas se retiraban a sus escondites.

Con la firma de los acuerdos de paz entre el gobierno federal y la jerarquía de la Iglesia católica en junio de 1929, el hostigamiento hacia las escuelas católicas empezó a disiparse. Este armisticio permitió al Instituto reanudar sus actividades educativas y religiosas, aunque las fricciones con el gobierno estatal no terminarían.

Así, entre agosto y septiembre de 1932, el Instituto de Ciencias estrenó una nueva sede. En esos meses se acondicionó un inmueble conocido por esta comunidad como el edificio de Tolsa, que se ubicaba en el número 274 de esa calle. Esta morada era más adecuada porque ocupaba una pequeña manzana. En esta casa permanecerían hasta el año de 1956.

En ese año de 1932 volvió el hostigamiento al Instituto, ya que el gobierno estatal le retiró la incorporación de la preparatoria sin ningún aviso ni documento oficial. Sin embargo, Leopoldo Ruiz, pasante de Derecho en Colima, consiguió que se legalizaran, por medio de las autoridades educativas

de dicha ciudad, los tres primeros años de preparatoria, que ya se empezaban a llamar estudios de secundaria.

Esta tensión se recrudecería a lo largo del año de 1934, cuando los diputados y senadores aprobaron la modificación del artículo 3º constitucional, enmienda que sería aplicada a partir del 13 de diciembre de ese año. Esta modificación entrañaría la incorporación de una orientación ideológica en los contenidos de enseñanza como doctrina oficial, específicamente el materialismo histórico. Tal acción desencadenaría nuevamente las protestas de la Iglesia y sus seguidores, protestas en las que la comunidad jesuita tendría una destacada participación.

En los meses previos a la aprobación de esa enmienda constitucional, algunos estudiantes de la Universidad de Guadalajara y de colegios particulares empezaron a organizarse para evitar su puesta en práctica. En esta lucha de resistencia participaron numerosos ex alumnos del Instituto, los cuales contaron con el apoyo de su rector y sus maestros.

Así, en los últimos meses de 1934 y los primeros meses de 1935, estudiantes, profesores y miembros de la comunidad católica tapatía se movilaron para oponerse a la llamada “Educación socialista”. Sin embargo, al toparse con condiciones sociopolíticas que hacían insostenible la continuidad de sus demandas, de restaurar el espíritu liberal de la universidad tradicional, decidieron fundar una nueva institución, la Universidad Autónoma de Guadalajara, proyecto socioeducativo donde la comunidad jesuita compartirá un pasaje de su historia y encontrará abrigo a sus proyectos educativos, pero también restricciones a sus postulados filosóficos.

La refundación del Instituto de Ciencias

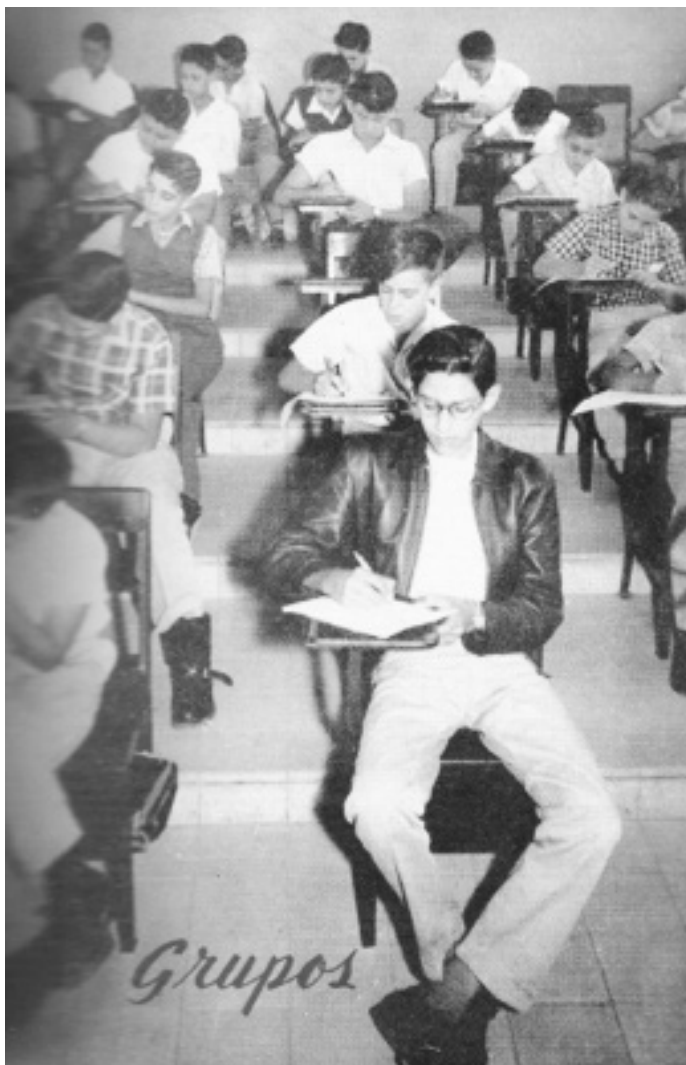
La etapa contemporánea del Instituto de Ciencias se gestó desde abril de 1955, mes en que empezó a construirse su nueva sede.³ Este inmueble se ubicaría en la Avenida Manuel Ávila Camacho, a la altura del espacio donde actualmente se localiza el centro

3. La bendición de la primera piedra fue hecha por el obispo Francisco Javier Nuño el día 27 de abril de 1955.

4. La construcción del inmueble fue dirigida por seis profesionales, todos ingenieros y ex alumnos del Instituto: Enrique Martínez Negrete, José Fernández del Valle, Javier Orendáin, Julio de la Peña, Xavier Vallejo Aceves y Jaime de Obeso Orendáin.

comercial Plaza Patria.⁴ Al año siguiente, el arzobispo José Garibi Rivera bendijo esta construcción, la cual, a pesar de que le faltaban algunos detalles, fue utilizada para iniciar el ciclo escolar 1956-1957. El rector, en ese momento, era el padre Nicolás Gómez Michel.

Este recinto contaba con un edificio de diseños modernos, que albergaba más de 30 aulas o salas de estudio, así como un cuerpo de oficinas donde se



ubicaban las labores administrativas. En relación con las aulas, éstas fueron diseñadas para permitir que hubiera una acústica adecuada y una visualización recíproca de todos los asistentes.

En la fotografía podemos ver cómo se ubicaban los estudiantes por niveles ascendentes, ubicación que permitía al profesor observar desde su posición a todos los alumnos con claridad y éstos, a su vez, escucharlo y verlo claramente.

En estas instalaciones se contaba con laboratorios para aprendizaje de la química, biología y física, y un espacio para la biblioteca escolar; este lugar albergó los libros de la antigua biblioteca científica, junto al acervo de literatura, historia, filosofía, que sumaban en total 8,780 volúmenes, cantidad que abrigó este inmueble al abrir por primera vez sus puertas.

El personal docente

Antes de la inauguración de la sede de Ávila Camacho, el personal docente se integraba por 33 profesores: 14 eran miembros de la comunidad jesuita y 19 laicos, personal que siguió laborando en esta institución en el año escolar 1956-1957.

En los años siguientes, el grupo de los profesores laicos iría en aumento. En el ciclo escolar 1959-1960 se registró un total de 47 profesores, de los cuales 34 ya no formaban parte de la comunidad jesuita. Este predominio de personal laico, no sobra decir, no significaba la incorporación de personas ajenas a los principios que practicaba la Compañía de Jesús, ya que la mayoría de estos docentes eran egresados del mismo Instituto.

Personal docente del Instituto de Ciencias 1955-1959

	1955-56	1956-57	1957-58	1958-59	1959-60
Personal jesuita	14	14	14	14	13
Personal laico	19	19	29	32	34
Total	33	33	43	46	47

Elaborado con datos provenientes de los Anuarios escolares de 1955, 1956, 1957, 1958 y 1959.

5. En acuerdo con el entrevistado, utilizamos el seudónimo de Eduardo Enríquez (EPEE).

La experiencia laboral de uno de los entrevistados, el padre Eduardo Enríquez,⁵ permite documentar que la selección inicial se daba conforme a los lazos de afinidad que los aspirantes mostraban con los ideales de la propuesta ignaciana.

Este profesor ingresó a la Compañía de Jesús el 1° de febrero de 1956, coincidiendo su ingreso con el inicio de labores del Ciencias en su nueva sede. Él había estudiado previamente en la preparatoria del Tecnológico de Monterrey, donde vivió una experiencia de acompañamiento con mentores que pertenecían a la orden religiosa de los jesuitas. Este mentor nos narra que, “aunque el Tecnológico no estaba adscrito a esta orden religiosa, la presencia de estos acompañantes ayudó a organizar la Congregación Mariana y a dar formación y acompañamiento a los estudiantes”. (EPEE). Así, junto con otros cuatro compañeros de esa preparatoria, ingresó a la Compañía para después emprender sus primeras experiencias de enseñanza en las nuevas instalaciones del Instituto de Ciencias.

A principios de la década de los sesenta, la planta docente no solo se integró con los profesores fundadores y con personal seglar, sino también con un pequeño grupo de profesores jóvenes, provenientes de la Orden de los Jesuitas, que serán conocidos con el mote de “maestrillos”. Cabe señalar que, pese a la mayor incorporación de personal seglar, la coordinación general del Instituto siguió a cargo de un padre jesuita en cada uno de los dos turnos escolares.

Apoyados en testimonios de estudiantes de los años sesenta y en el predominio creciente del personal seglar, creemos que el número de los profesores

conocidos como maestrillos fue disminuyendo hasta prácticamente desaparecer en los años setenta.

Al respecto, el profesor Gonzalo Pérez,⁶ quien fue estudiante en esa época, refiere que “en los años sesenta muchos de los jesuitas eran profesores de diversas asignaturas, como español, biología o matemáticas, pero después se fueron limitando a labores pastorales, a la clase que en ese tiempo se llamaba moral y después formación religiosa”. No obstante, su presencia era constante, porque ellos “siempre estaban presentes en las comidas y paseos, en las cenas del día del maestro y en las cenas de navidad”. (EPGP)

Esta información nos hace suponer que, durante la segunda mitad de los sesenta, los profesores jesuitas fueron dejando de impartir la enseñanza de materias oficiales, limitando su rol a labores de acompañamiento de los alumnos, a través de la impartición de la clase llamada moral y de la formación religiosa.

La población escolar

La población escolar que ingresó al Instituto de Ciencias en 1956, se distribuía en los espacios de enseñanza secundaria y preparatoria. En ese entonces había 5 o 6 grupos para la enseñanza secundaria por cada uno de los tres años escolares; y en la preparatoria se ubicaba a los alumnos por disciplinas optativas, que eran de arquitectura, química, economía, medicina, derecho e ingeniería.

En el cuadro siguiente podemos ver que el cambio a la nueva sede no implicó un impacto sensible en su matrícula, porque entre el año previo a este suceso, 1955, y el siguiente, 1956, hubo ascenso progresivo de la población inscrita. También se observa en los años inmediatos algunos altibajos, pero en general la población escolar iría en ascenso.

6. En acuerdo con el entrevistado, utilizamos el seudónimo de Gonzalo Pérez (EPGP).

Población escolar del Instituto de Ciencias 1955-1959

	1955-56	1956-57	1957-58	1958-59	1959-60
Total de estudiantes	683	796	887	990	918

Elaborado con datos provenientes de los Anuarios escolares de 1955, 1956, 1957, 1958 y 1959.

El crecimiento de la población escolar ya no se detuvo en los años sesenta, como muestra el cuadro siguiente: de 744 alumnos inscritos en 1960 se pasó a 1,239 en 1970. Este ascenso se relaciona tanto con el creciente incremento de la escolaridad secundaria como con el aumento de la demanda educativa: en esa década la población tapatía rebasó el millón de habitantes, expansión que se vio acompañada por una creciente demanda de servicios educativos.

Población escolar del Instituto de Ciencias
1960-1970

Año escolar	Total de estudiantes
1960-61	744
1963-64	929
1966-67	1,000
1970-71	1,239

Elaborado con datos provenientes de los Anuarios escolares de 1960, 1963, 1966 y 1970.

En consonancia con la expansión de la matrícula, se observa un ligero crecimiento del personal docente. En el cuadro inmediato podemos ver que, de 45 profesores en el año escolar 1960-1961, se pasó a 51 en el año escolar 1970-1971. Este menor crecimiento del personal académico, en relación con la expansión de la matrícula escolar, nos permite suponer que el cambio se presentó en el aumento de las horas contratadas para el trabajo de enseñanza.

Personal docente del Instituto de Ciencias 1960-1970

	1960-61	1962-63	1964-65	1966-67	1970-71
Personal jesuita	13	15	15	17	18
Personal laico	32	25	33	30	33
Total	45	40	48	47	51

Elaborado con datos provenientes de los Anuarios escolares de 1960, 1962, 1964, 1966 y 1970.

*Cambios en el profesorado:
la emergencia del profesor IDEC*

A principios de los años setenta, la provincia mexicana de la Compañía de Jesús emprendió nuevas obras educativas y sociales, hecho que propició el traslado de su personal a dichas obras, quedando el Instituto con menos miembros. En estas circunstancias, aduce el padre Enríquez, se tuvo que contratar a personal laico que, no obstante, debía tener un perfil particular:

...había que contratar más laicos, sin embargo, [estos] tenían que tener el mismo modo de pensar de nosotros, no se trataba de que solo dieran matemáticas, sino que también dieran ejemplo y justicia en equilibrio, no importaba que no fueran persignados, pero que dieran ejemplo de justicia y de equidad. (EPEE)

Esta forma de selección de los nuevos profesores muestra como los padres jesuitas cuidaban la continuidad de mentores con valores y creencias muy cercanas a la identidad fundacional, aunque cada vez era menor el número de personal adscrito a la orden religiosa.

Precisamente, para acercar a este relevo generacional a los principios educativos del Instituto, se comenzaron a dar cursos introductorios que fueron impartidos por el rector Esteban Palomera. En tal transición, este directivo promovió la creación de la figura del “profesor IDEC”, figura que emergió como una respuesta a la falta de profesores jesuitas en la Institución. Estos nuevos profesores, a semejanza de los mentores sacerdotes, deberían estar disponibles para responder de manera puntual y constante a las

necesidades educativas de cada nivel de enseñanza. Como refiere el padre Enríquez:

[El profesor IDEC] era el que estaba al servicio del colegio en cualquier momento o en cualquier hora, esa fue idea del padre Palomera y había que responderles económicamente... el padre le decía al profesor -si necesitas tanto para tu familia, te lo pagamos, pero si un sábado se presenta algo tú debes estar aquí; había 5 o 6 profesores IDEC, sobre los cuales recaía toda la organización del colegio, porque ya no podían tener los maestrillos. (EPEE)

Esta dinámica funcionó por un tiempo porque se buscaba que fueran retribuidos con salarios justos a sus necesidades, sin importar el puesto. Sin embargo, aduce el padre Enríquez, las cosas se fueron complicando cuando los profesores laicos empezaron a solicitar una remuneración económica acorde al puesto y las responsabilidades del mismo, cosa que el rector en turno tuvo que tomar en cuenta y hacer los respectivos ajustes para ello.

La propuesta educativa del Instituto de Ciencias

La forma de reclutamiento del personal académico del Instituto de Ciencias durante sus primeros años, basada mucho en criterios endogámicos, permitió una recreación casi mimética de las tradiciones de enseñanza que prevalecían en los espacios educativos y religiosos que eran asistidos por miembros de la Compañía de Jesús. Como refiere el padre Enríquez, “yo los enseñaba a pensar repitiendo el mismo proceso que aprendí cuando estudié la preparatoria en el Tecnológico de Monterrey”. (EPEE)

En esos años se buscaba enseñar a los alumnos a pensar por sí mismos. Este estilo quizás no propiciaba el aprendizaje de muchos conocimientos, pero sí permitía a los alumnos ser más reflexivos. Esto ayudaba a disipar las disparidades de los egresados cuando ingresaban a otras instituciones educativas.

Al respecto, el padre Enríquez refiere que “muchos del Ciencias llegaban al ITESO con nivel más bajo que otras escuelas, pero al final de semestre todos se quedaban abajo, porque estos lograban pensar y los que venían de otros [colegios] seguían repitiendo de memoria”. (EPEE) Este estilo de enseñanza no era una propuesta institucional, sino principalmente una forma de acompañamiento que crearon los profesores a partir de las vivencias que experimentaron en su etapa previa como estudiantes en espacios asistidos por miembros de la Compañía de Jesús.

También había clases de religión, de formación cristiana y un acompañante por grupo. Había un sacerdote asignado por grupo, no para que fueran a confesarse con él, sino como un profesor que les daba pláticas a los alumnos. Al respecto, el profesor Gonzalo Pérez señala que la formación religiosa era:

Más en secundaria que en preparatoria... no había opción [para evadirlas], había que seguirlas, los únicos que tenían chance de no asistir eran los que no eran católicos, me acuerdo que había mucho judío y ellos tenían hora libre cada que nosotros teníamos alguna actividad religiosa. ...era de rosario diario y misa al menos una vez a la semana, entonces... los ejercicios espirituales también eran obligatorios, nos reunían en el casino o nos citaban en el Templo de San Felipe Neri.(EPGP)

Este profesor refiere que, a diferencia de la enseñanza de las materias oficiales, donde se procuraba que los alumnos aprendieran a ser más reflexivos, la formación religiosa que se impartía principalmente en la secundaria “era como dogmática, porque tenías que aprenderte preguntas y respuestas del catecismo del padre Ripalda; [también] teníamos un libro de formación religiosa donde había que aprender bastantes conceptos”. (EPGP)

Sobre la enseñanza de la religión, el profesor Pérez precisa que

En la preparatoria ya desaparecían los rosarios y las misas eran nada más al principio del año o cuando había alguna celebración importante. Ya eran como más flexibles, pero... como mis papás siempre fueron muy católicos, pues todo eso les gustaba. (EPGP)

A la par del programa curricular, los alumnos podían vincularse a actividades deportivas, a labores editoriales, a trabajo comunitario en comunidades rurales, como refiere el profesor Pérez:

Los deportes eran muy variados, había las excursiones del CAIC (Club Alpino del Instituto de Ciencias), había actividades en las que podías participar, aunque no eran obligatorias, por ejemplo, [podíamos] pertenecer a una mesa directiva, a un club, a la edición de una revista, me acuerdo que había una revista que se llamaba JUVENTUD y cosas así, o sea, siempre había habido actividades, más allá de deportes y religiosos... estaban también las misiones a rancherías o a pueblos. (EPGP)

Este mismo profesor refiere que la enseñanza en los años sesenta se regulaba por normas muy severas, sobre todo en la secundaria. En este nivel “la disciplina era como militarizada, [porque] el que se portaba mal, terminaba con buena condición física, porque los castigos eran hacer lagartijas, correr 20 vueltas por el patio, o asolearse una hora a la salida o cargar cosas pesadas”. (EPGP)

Este mecanismo ayudaba a delinear el comportamiento de los jóvenes, porque “te iba formando, porque sabías que la cosa iba en serio, sabías a qué atenerte, y te iba haciendo que te esforzaras... sabías que tenías que ser más cumplido porque si no iba a haber una consecuencia”. (EPGP) Este mentor precisa que a veces las sanciones eran injustas, sobre todo cuando uno no era directamente culpable, pero reconoce que al final estas acciones lo hicieron más responsable.

Con la consigna educativa de formar gente con un corazón abierto, en la década de los setenta se

comenzaron a gestar actividades comunitarias dentro de la formación del Instituto de Ciencias, como los programas de Experiencia laboral y Experiencia rural, creados para encontrar y vivir con la gente en sus ambientes comunes y vivir el día a día con ellos; con esto se buscaba evitar la formación elitista de los alumnos. Como decía el padre Enríquez: “promover un colegio que mantenía nada más un elitismo económico y un elitismo intelectual para formar a la clase alta de la sociedad, como que no encajaba con las ideas de la Compañía de Jesús”. (EPEE)

En esos tiempos, por mandato de la provincia de México de la Compañía de Jesús, las autoridades de este colegio tuvieron que buscar actividades que rompieran con la imagen elitista que irradiaba el Instituto. Este ordenamiento llevó al entonces rector Esteban Palomera a

...buscar sistemas académicos que fueran más abiertos y que vieran por incorporar a gente de diferentes estratos sociales, se buscó también contar con un fondo para mantener el colegio y así poder tener a la mitad o tres cuartas partes del estudiantado con beca. (EPEE)

El acompañamiento como opción formativa en los años sesenta

En esta primera fase de la etapa contemporánea del Instituto de Ciencias, la enseñanza que se impartía a los alumnos era acompañada por una propuesta de formación conocida como acompañamiento, la cual no era desarrollada por todos los profesores, sino principalmente por los miembros de la Compañía de Jesús.

El acompañante debía ser previamente profesor, porque este vínculo le permitía una mayor empatía con los alumnos. En este tenor, el padre Enríquez, quien fue profesor de tercero de secundaria en los primeros años de la década de los sesenta, refiere que “dando clases tenías de cerca a los alumnos, ya sabías quienes eran,

[porque tenías] que meterte con la muchachada a darles clases para conocerlos a todos, entrar en sus bromas y entrar en sus pleitos como quien dice”. (EPEE)

En esos años también existían agrupaciones vinculadas a la formación ignaciana, como la Congregación Mariana. Este organismo era parte de las reminiscencias de la tradición religiosa jesuita, ya que con él se buscaba recrear el espíritu de San Ignacio y formar en la vida cristiana a laicos y no religiosos. Esta congregación, sin embargo, se fue disipando a lo largo de los años sesenta hasta prácticamente desaparecer en los años setenta.

En aquel tiempo cualquier estudiante de tercero de secundaria podía formar parte de la Congregación Mariana. Participar en ella significaba “crecer y seguir a nuestro señor”. El padre Enríquez dice que era un acompañamiento basado en los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola, con los que “no se buscaba que entraran de jesuitas, sino que vivieran la presencia de Cristo en su corazón, en lo que sea”. (EPEE)

Este modelo de formación ignaciana iría cambiando a lo largo de los años setenta, década en la que convergen circunstancias que obligaron a la Compañía de Jesús a actualizar su propuesta educativa conforme a modelos pedagógicos más actualizados y acordes a nuevos requerimientos formativos. En esos años aparecieron más espacios educativos que ofrecían opciones con contenido religioso que empezaron a atraer a los hijos de las capas medias afines al credo católico. En esas circunstancias, veremos cómo al iniciar los años ochenta se replantea la propuesta del acompañamiento sobre bases pedagógicas modernas.

En este escenario arriba en 1982 a la rectoría del Instituto de Ciencias el padre Max Verduzco. Este sacerdote, desde el momento de su llegada, implementó la propuesta de la educación personalizada de Pierre Faure. Apoyados en palabras del padre Enríquez, exponemos algunos rasgos de este modelo de enseñanza:

[Consistía en] darles responsabilidad a los niños para que aprendieran a trabajar y a pensar, y era extraordinario. Por ejemplo, que ellos organizaran su propio horario, que estudiaran, tú pasabas a las 9 de la mañana por los salones, todos callados alrededor del círculo estudiando cada cosa, cada uno de manera diferente y haciendo planes de acuerdo a su programa. Era extraordinario el padre Pierre Faure. Dicen que iba en la línea de Montessori, pero era mejor para mí que Montessori. (EPEE)

Estas acciones constituyen el inicio de la sustitución de los principios originales de la formación ignaciana, que se basaban fuertemente en el modelo que la Compañía de Jesús utilizaba para formar a sus miembros religiosos, por una nueva propuesta de acompañamiento en la que se combinan formas de enseñanza con valores y principios acordes a la visión formativa que tienen los jesuitas de los ciudadanos.